

debía guirlos en la mano. Tenía frío; sus dedos hinchados se cerraban mal, y apenas sostenían el papel.

Al dar vuelta de la calle de Clochepere, se lo arrancó una ráfaga de viento, y como caía la noche, el chiquillo no pudo encontrarle.

Comenzaron, por lo tanto, á vagar al azar por las calles.

## II

**Donde el pequeño Gavroche saca partido de Napoleón el Grande**

La primavera en París suele ser interrumpida por brisas ásperas y rudas, que le dejan á uno, no precisamente helado, pero sí aterido de frío; estas brisas, que entristecen los más hermosos días, causan el mismo efecto que aquellos soplos de aire glacial que penetra en un cuarto templado, por las rendijas de las ventanas ó por las puertas mal cerradas.

Parece que la sombría puerta del invierno se ha quedado entreabierta, y deja penetrar el aire.

En la primavera de 1832, época en que apareció la primera gran epidemia de este siglo en Europa, aquellas brisas fueron más acres y punzantes que nunca; era que estaba medio abierta una puerta más fría aún que la del invierno; era la puerta del sepulcro.

Sentíase en las tales brisas el aliento del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico, estos vientos fríos tenían de particular que no excluían una fuerte tensión eléctrica; y estallaron en aquella época frecuentes tempestades acompañadas de relámpagos y truenos.

Una tarde en que estas brisas soplaban rudamente, de modo que parecía haber vuelto el mes de Enero, y las gentes se habían vuelto á poner los abrigos, el niño Gavroche, temblando siempre alegremente de frío bajo sus harapos, estaba de pie y como en éxtasis delante de una peluquería de los alrededores del Olmo de San Genvasio.

Llevaba un pañuelo de lana de mujer, sacado de no sabemos donde, el cual había habilitado de tapa-bocas; parecía que estaba admirando profundamente una figura de cera escotada y adornada con flores de azahar, que daba vueltas en el escaparate, mostrando su sonrisa á los transeuntes entre dos quinqués; pero en realidad observaba la tienda para ver si podía "birlar" del escaparate una pastilla de jabón, que iría á vender en seguida por dos sueldos á un "peluquero" de las afueras.

Muchos días almorzaba con una de aquellas pastillas, y llamaba á este género de trabajo, para el cual tenía cierto talento, "hacer la barba á los barberos".

Contemplando, pues, la novia de cera y flechando á la vez la pastilla, decía entre dientes:

—Martes. No es martes. ¿Es acaso martes? Quizá es martes. Sí, martes es.

Nunca se ha sabido á qué se refería este monólogo.

Si por casualidad se refería á la última vez que había comido, hacía ya tres días, porque era viernes.

El barbero en su tienda, templada por una buena chimenea, afeitaba á un parroquiano, y dirigía de cuando en cuando una mirada de soslayo á aquel enemigo, á aquel pilluelo helado y descarado que tenía las dos manos en los bolsillos, pero el espíritu evidentemente desenvainado.



Mientras que Gavroche examinaba la figura, el escaparate y los jabones de Windsor, dos niños, de estatura desigual, vestidos con esmero y menores que él, uno como de siete años, y otro de cinco, hicieron girar tímidamente el picaporte, y entraron en la tienda pidiendo algo, una limosna quizá, con un murmullo lastimero, que parecía más bien un gemido que una súplica.

Hablaban ambos á la vez, y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor, y el frío hacía temblar los dientes del mayor.

El barbero se volvió con rostro airado, y sin abandonar la navaja, empujan-



Los dos niños seguían detrás de él.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, porque el pan se pone como el oro entre rejas de hierro, se volvió Gavroche, y dijo:

—¡Ah, monigotes! ¿Se ha comido ya?

—Señor,—respondió el mayor,—no hemos comido nada desde esta mañana.

—¿No teneis, pues, ni padre ni madre?—repuso magestuosamente Gavroche.

—Si tal, señor; tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces vale más eso que saberlo,—dijo Gavroche, que era todo un pensador.

—Ya hace dos horas,—continuó el mayor,—que estamos andando. Hemos buscado algo que comer por los rincones, y no hemos encontrado nada.

—Lo se,—dijo Gavroche.—Los perros se lo comen todo.

Y continuó después de un momento de silencio:

—¡Ah! Hemos perdido á los autores de nuestros días. No sabemos qué hemos hecho de ellos. Esto no está bien, picarillos. Es muy tonto eso de perderse como personas mayores. ¡Ah! Sin embargo, es preciso aguzar.

Por lo demás, no les hizo ninguna pregunta. ¿Hay nada más sencillo que no tener domicilio?

El mayor de los dos niños, entregado ya casi por completo á la pronta indiferencia de la infancia, exclamó:

—Pero es extraño, sin embargo. Mamá nos había dicho que nos llevaría á comprar romero bendito el domingo de Ramos.

—¡Novatos!—respondió Gavroche.

—Mamá,—añadió el mayor,—es una señora que vive con la señorita Miss.

—Como suena,—replicó Gavroche.

En esto se había parado, y andaba hacia rato tentando y registrando todos los rincones que tenía en sus andrajos.

Por fin, levantó la cabeza con una expresión que quería parecer satisfecha, pero que en realidad era triunfante.

—Calma, monines. Ya tenemos con que cenar los tres.

Y sacó de uno de sus bolsillos un sueldo.

Y sin dejar á los chicos tiempo para alegrarse, los empujó delante de sí hacia la tienda de un panadero, y puso el sueldo sobre el mostrador, gritando:

—¡Mozo! cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el amo en persona, cogió un pan y un cuchillo.

—¡En tres pedazos, mozo!—gritó Gavroche.

Añadiendo con dignidad:

—Somos tres.

Y viendo que el panadero, después de haber examinado á los tres comensales, había tomado un pan moneño, metióse profundamente el dedo en la nariz, con una aspiración tan imperiosa como si tuviese entre los dedos un polvo de tabaco de Federico el Grande, y dirigió al rostro del panadero este apóstrofe indignado:

—¿Kek se kca?

Los lectores que crean ver en esta interpelación de Gavroche una palabra rusa ó polaca, ó uno de esos gritos salvajes que los Yoways y los Botocudos se dirigen de una orilla á otra del río, al través de las soledades, deben saber que no pasa de

ser una frase que dicen todos los días ellos (nuestros lectores), y que ocupa el lugar de esta otra: “¿qué es eso?”

El panadero comprendió perfectamente, y respondió:

—¿Qué? Es pan; pan muy bueno de segunda clase.

—Pan negro, habeis querido decir,—replicó Gavroche, tranquilo y friamente desdeñoso.—¡Pan blanco, mozo! Pan jabonado. Yo convido.

El panadero no pudo dejar de reirse, y cortando el pan blanco, quedóse mirándoles de una manera compasiva, que chocó á Gavroche.

—¡Ah, pastelero!—dijo éste.—¿Qué nos estáis midiendo?

Puestos los tres cabo á cabo, apenas medían seis piés.

Cuando hubo cortado el pan, guardóse el panadero el sueldo, y Gavroche dijo á los dos niños:

—Jamad.

Los chicos le miraron sorprendidos.

Gavroche se echó á reir.

—¡Calla! Es verdad; no entienden todavía. ¡Son tan pequeños!

Y repuso:

—Comed.

Al mismo tiempo dió á cada uno un pedazo de pan.

Y pensando que el mayor, que le parecía más digno de su conversación, merecía alguna distinción especial, y debía perder todo temor para satisfacer su apetito, le dijo, dándole el mayor pedazo.

—Echa ese cartucho en el fusil.

Había un pedazo más pequeño que los otros dos, y se quedó con él.

Los pobres niños estaban hambrientos. Gavroche lo conoció.

Mientras comían el pan con buenos dientes ocupaban la panadería, cuyo dueño, después de haber cobrado, los contemplaba de no muy buena gana.

—Volvamos á la calle,—dijo Gavroche.

Y tomaron la dirección de la Bastilla.

De cuando en cuando, al pasar por delante de las tiendas iluminadas, el más pequeño se detenía para ver la hora en un reloj de plomo, que llevaba colgado del cuello en un cordón.

—Es verdaderamente un tontuelo,—decía Gavroche.

Y después, murmuraba pensativo entre dientes:

—Es igual. Si tuviese yo monigotes, les ataría más corto.

Cuando iban ya acabando el pedazo de pan, llegaban al ángulo de aquella lúgubre calle de los Bailes, en cuyo fondo se descubre el postigo bajo y repulsivo de la cárcel de la Fuerza.

—¡Calla! ¿Eres tú, Gavroche?—preguntó álguien.

—¡Calla! ¿Eres tú, Montparnasse?—dijo Gavroche.

Era un hombre que acababa de abordar al pilluelo, y el cual no era otro que Montparnasse, disfrazado con anteojos azules, pero no desfigurado para Gavroche.

—¡Diablo!—prosiguió Gavroche.—Llevas un pelaje color de cataplasma de harina de linaza, y anteojos azules como un médico. ¡Tienes apariencia, palabra de viejo!

—Chist,—prorrumpió Montparnasse,—no tan alto.

Y se llevó vivamente á Gavroche lejos de la luz de las tiendas.



Los dos chiquitines seguían maquinalmente cogidos de la mano. Cuando estuvieron bajo la obscura archivolta de una puerta cochera, al abrigo de las miradas y de la lluvia, le preguntó Montparnasse:

—¿Sabes adónde voy?

—A la abadía de “Monte á Regret”—le contestó Gavroche.

—¡Farsante!

Y Montparnasse añadió:

—Voy á buscar á Babet.

—¡Ah!—exclamó Gavroche;—ahora se llama Babet.

Montparnasse bajó la voz:

—No ella, sino él.

—¡Ah! ¡Babet!

—¡Sí! ¡Babet!

—Yo le creía á la sombra.

—Salió á la luz;—respondió Montparnasse.

Y contó rápidamente el pilluelo que aquella misma mañana Babet había sido trasladado á la Conserjería; y se había escapado, tomando la izquierda en vez de tomar la derecha en el “corredor de instrucción.”

Gavroche admiró esta habilidad.

—¡Vaya un saca muelas!—dijo.

Montparnasse añadió algunos pormenores sobre la evasión de Babet, y concluyó diciendo:

—¡Oh! No es esto todo.

Gavroche, mientras escuchaba había cogido un bastón que Montparnasse llevaba en la mano, y tirando maquinalmente de la parte superior apareció la hoja de un puñal.

—¡Ah!—prorrumpió, rechazando vivamente el puñal,—has traído tu gendarme disfrazado de paisano. Montparnasse guiñó el ojo.

—¡Caramba!—añadió Gavroche.—¿Vas á agarrarte con los corchetes?

—No lo sé,—respondió Montparnasse con aire indiferente.—Siempre es bueno llevar un alfiler por si acaso.

Gavroche insistió:

—¿Qué vas á hacer esta noche?

Montparnasse tomó de nuevo el tono grave, y dijo mascando las sílabas:

—Negocios.

Y cambiando bruscamente de conversación:

—¡A propósito!

—¿Qué?

—Una aventura que me pasó el otro día. Figúrate que me encuentro á un individuo; me regala un sermón y la bolsa. Meto ésta en la faltriquera, y un minuto después registro en la faltriquera, y ya no había nada.

—Más que el sermón,—añadió Gavroche.

—Pero, y tú,—repuso Montparnasse,—¿adónde vas ahora?

Gavroche le señaló sus dos protegidos, y dijo:

—Voy á acostar á estos chicos.

—Acostarlos á dónde?

—En mi casa.

—¿Cómo en tu casa?

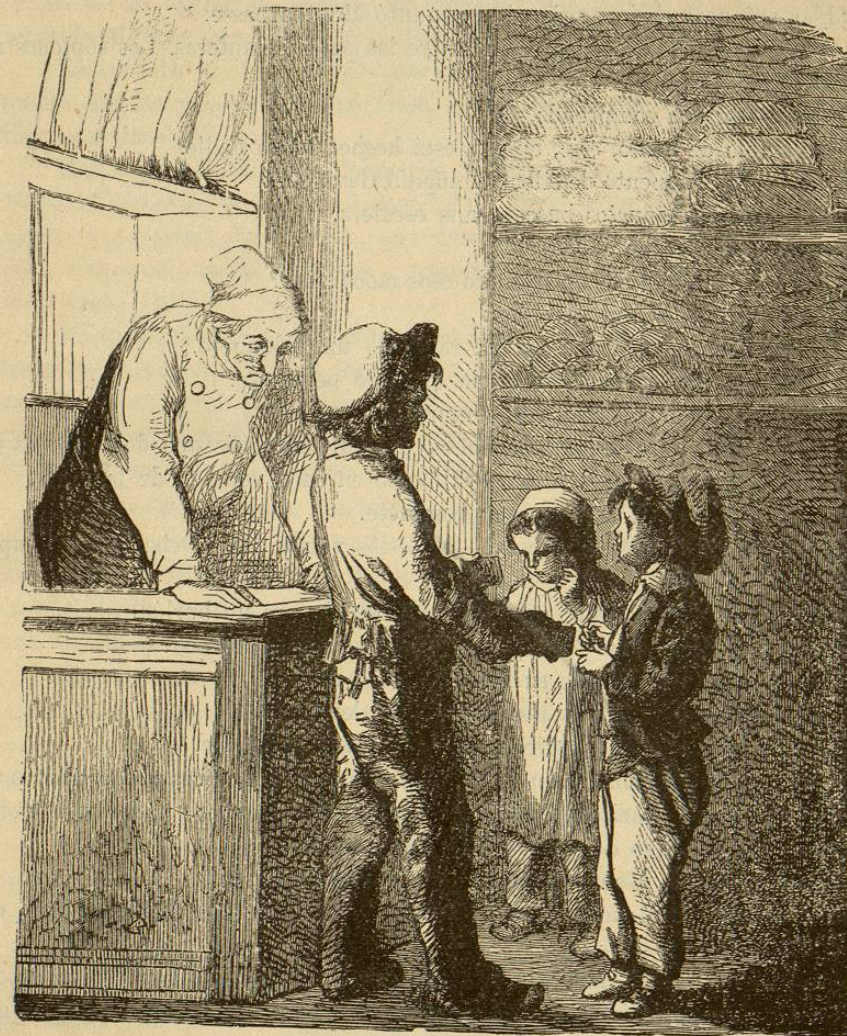
—En mi propia casa.

—¿Tienes tú casa?

—¡Vaya si la tengo! Estoy domiciliado.

—¿Y dónde?

—En el elefante,—dijo Gavroche.



Montparnasse, aunque de carácter poco asustadizo, no pudo contener una exclamación:

—¡En el elefante!

—Y qué? ¡Sí, en el elefante!—respondió Gavroche.—¿Kekcaa?

Esta es otra palabra de una lengua que nadie escribe y que todo el mundo habla. Kekcaa significa: ¿Y por qué no?

La profunda observación del pilluelo volvió la calma y el buen sentido á Mont-



parnasse, quien pareció tener ya mejor concepto respecto á la habitación de Gavroche.

—¡En rigor!—dijo.—Sí, el elefante. ¿Y se está allí bien?

—Muy bien,—respondió Gavroche.—Allí, en verdad no hay aires colados como debajo de los puentes.

—¿Y cómo entras?

—Entrando.

—¿Hay entonces algún agujero?—preguntó Montparnasse.

—¡Cáspita! Pero no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los soplones no lo han visto aún.

—Y tú trepas. Ya comprendo.

—Un cambio de mano, cric, crac, y está hecho; luego nadie.

Después de un momento de silencio, añadió Gavroche:

—Para estos pequeñuelos buscaré una escalera.

Montparnasse se echó á reír.

—¿Dónde diablos te has encontrado esos mochuelos?

Gavroche respondió con sencillez:

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero.

Entre tanto, Montparnasse se había quedado pensativo.

—Me has conocido con facilidad,—murmuró.

Sacó del bolsillo dos objetos pequeños, que no eran más que dos cañones de pluma rodeados de algodón, y se introdujo uno en cada ventana de la nariz.

Esto le transformaba la nariz por completo.

—Eso te cambia,—dijo Gavroche.—Así estás menos feo. Deberías ir siempre de ese modo.

Montparnasse era un guapo mozo; pero Gavroche era un burlón.

—Sin que te rías,—dijo Montparnasse,—¿qué tal te parezco?

Había variado el timbre de su voz.

En un momento, Montparnasse se hallaba desconocido.

—¡Oh!... Haznos el "polichinela,"—exclamó Gavroche.

Los niños, que no habían oído nada hasta entonces, y que estaban ocupados en meterse los dedos en la nariz, se aproximaron al oír este nombre y miraron á Montparnasse con un principio de alegría y de admiración.

Desgraciadamente, Montparnasse estaba pensativo.

Puso la mano en el hombro de Gavroche, y le dijo, acentuándolas bien, estas palabras:

—Oye lo que te digo, muchacho: si me encontrase en la plaza con mi dogo, mi daga y mi diga, y vinieses á prodigarme diez buenos sueldos, me dignaría ganarlos, porque no soy el jueves lardero.

Esta frase extraña produjo en el pilluelo un singular efecto.

Volvióse con presteza, miró á su alrededor con sus ojuelos brillantes, y descubrió á algunos pasos un agente de policía que estaba de espaldas.

Gavroche dejó escapar un "Ah!, entiendo!" que reprimió en seguida, y dijo sacudiendo la mano de Montparnasse:

—Pues bien, buenas noches, me voy á mi elefante con mis mopines. Por si acaso alguna noche me necesitas, ven á buscarme allí. Vivo en el entresuelo, no hay portero; preguntará por el señor Gavroche.

—Está bien,—contestó Montparnasse.

Y se separaron, dirigiéndose Montparnasse hacia la Greve; y Gavroche hacia la Bastilla.

El pequeñuelo de cinco años, arrastrado por su hermano, que era arrastrado á su vez por Gavroche, volvió varias veces la cabeza para ver marcharse á "Polichinela".

La frase enigmática con que Montparnasse había avisado á Gavroche la presencia de un agente de policía, no contenía más secreto que la asonancia "dig" repetida algunas veces de diverso modo.

Esta sílaba "dig", no pronunciada aisladamente, sino mezclada artísticamente con las palabras de una frase, quiere decir: "Alerta, que no se puede hablar con libertad".

Había además en las palabras de Montparnasse una belleza literaria que no observó Gavroche: la frase "mi dogo", "mi daga" y "mi diga", locución de la germanía ó gerigonza del Temple, que significa "mi perro", "mi puñal" y "mi mujer", muy usada entre los pillos y granujas del gran siglo en que escribía Molière y dibujaba Callot.

Hace veinte años se veía aún en el ángulo Sudeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la cárcel ciudadela, un extraño monumento que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecía haber dejado alguna huella, porque era una idea del "miembro del instituto, general en jefe del ejército de Egipto".

Decimos monumento, aunque no era más que un maniquí; pero este maniquí, boceto prodigioso, cadáver grandioso de una idea de Napoleón, á la que dos ó tres vendabales sucesivos habían empujado y llevado cada vez más lejos de nosotros, habíase hecho ya histórico, y había tomado un carácter definitivo, que contrastaba con su aspecto provisional.

Era un elefante de cuarenta pies de alto, construido de madera y mampostería; tenía encima su torre, que parecía una casa, pintada primitivamente de verde por un pintor de brocha gorda, y después de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo.

En aquel ángulo deshabitado y descubierta de la plaza, la ancha frente del coloso, su trompa, sus colmillos, su torre, su enorme grupa, sus cuatro pies semejantes á otras tantas columnas, dibujaban por la noche en el cielo estrellado un perfil sorprendente y terrible.

No se sabía lo que significaba; era una especie de símbolo de la fuerza popular; era una cosa sombría, enigmática é inmensa; era un fantasma poderoso y visible, y de pie, al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Pocos extranjeros visitaban aquel edificio; ningún transeunte se fijaba en él.

Caía ya en ruinas; en cada estación, los pedazos de yeso que se desprendían de sus costados, le producían llagas feísimas. "Los ediles", como se dicen en jerigonza elegante, le habían olvidado desde 1814.

Y allí estaba en su rincón, triste, enfermo, ruinoso, rodeado de una empalizada consumida, y manchada á cada instante por cocheros borrachos; muchas grietas le cruzaban el vientre; de la cola le salía un madero, y entre sus piernas crecían altas yerbas; y como el nivel de la plaza se elevaba hacia treinta años al



rededor por ese movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el piso de las grandes ciudades, estaba en un hoyo, pareciendo que la tierra se hundía bajo su peso.

Era inmundo, despreciado, repugnante y soberbio; feo á los ojos del habitante, melancólico á los ojos del pensador.

Tenía algo de la basura que se va á barrer y algo de la majestad que se va á decapitar.

Como ya hemos dicho, por la noche cambiaba de aspecto.

La noche es el verdadero centro de todo lo que es sombra.

Desde la caída del crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba; tomaba una figura tranquila y temerosa, en la formidable serenidad de las tinieblas.

Como pertenecía á lo pasado, le convenía la noche; la obscuridad sentaba bien á su grandeza.

Este monumento, rudo, abultado, pesado, áspero, austero, casi deforme, pero seguramente majestuoso, y lleno de cierta gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido para dejar reinar en paz la especie de estufa gigantesca, adronada con su cañón que ha reemplazado á la sombría fortaleza de nueve torres, como reemplaza la clase media al feudalismo.

Es cosa muy sencilla que una chimenea sea el símbolo de una época, cuyo poder está contenido en una marmita.

Esta época pasará, va pasando ya; se principia á comprender que si puede haber fuerza en una caldera, no puede haber poder más que en un cerebro; ó en otros términos, que lo que mueve y arrastra al mundo no son las locomotoras, son las ideas.

Uncid las locomotoras á las ideas; está bien, pero no toméis al caballo por el jinete.

En fin; el hecho es, volviendo á la plaza de la Bastilla, que el arquitecto del elefante había hecho con yeso una cosa grande, y el arquitecto del cañón de chimenea ha conseguido únicamente hacer con bronce una cosa pequeña.

Este cañón de chimenea, que ha sido bautizado con el pomposo nombre de Columna de Julio, este monumento, hijo de una revolución abortada, estaba rodeado todavía en 1832 de una inmensa camisa de madera, que por nuestra parte echamos de menos, y de una vasta empalizada de tablas, que acababa de aislar al elefante.

Hacia este rincón de la plaza, apenas iluminado por el reflejo de un lejano farol, se dirigió el pilluelo con los dos "monigotes".

Permítasenos detenernos aquí un instante, y recordar que estamos entre la simple realidad; que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron por delito de vagancia, y desperfectos de un monumento público, á un muchacho que había sido sorprendido durmiendo en el interior del elefante de la Bastilla.

Consignado este hecho, sigamos refiriendo.

Al llegar cerca del coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podía producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

—¡Muñecos, no tengáis miedo!

Después entró por el hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante, y ayudó á los niños á pasar la brecha.

Los dos niños, algo asustados, seguían á Gavroche sin decir una palabra, y se

entregaban á aquella pequeña providencia harapienta que les había dado pan y les había prometido albergue.

Había en el suelo una escalera de mano, que servía de día á los trabajadores de una obra inmediata.

Gavroche la levantó con singular vigor, y la aplicó contra una de las patas delanteras del elefante.

Hacia el punto en que terminaba la escalera, se distinguía un agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche enseñó la escalera y el agujero á sus huéspedes, y les dijo:

—Subid y entrad.

Los dos chiquillos se miraran aterrorizados.

—¡Tenéis miedo, monigotes!—exclamó Gavroche.

Y añadió:

—Vais á ver.

Agarróse al pie rugoso del elefante, y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse hacer uso de la escala, llegó á la rendija; entró por ella como una culebra que se desliza por una hendidura, desapareció, y un momento después, los dos niños vieron aparecer vagamente una forma blanquecina y pálida; era su cabeza, que asomaba al borde del tenebroso agujero.

—¡Eh!—gritó.—¡Subid ahora, muñequillos! ¡Ya veréis que bien se está aquí!

—Sube tú,—añadió, dirigiéndose al mayor;—yo te daré la mano.

Los chicos se dieron con los hombros; el pilluelo les infundía miedo y confianza á un tiempo, y luego llovía muy fuerte.

El mayor se arriesgó, y el pequeño, viendo subir á su hermano, y que se quedaba solo entre las patas de aquel enorme animal, estuvo á punto de llorar; pero no se atrevió.

El grande subía temblando por los peldaños de la escalera; Gavroche mientras tanto le animaba con las exclamaciones de un maestro de armas á sus discípulos, ó de un carretero á las mulas:

—¡No tengas miedo!

—¡Así, así!

—¡Adelante!

—¡Pon ahí el pie!

—¡Daca la mano!

—¡Valiente!

Y cuando estuvo á su alcance le cogió repentina y vigorosamente por el brazo, y le atrajo á sí.

—¡Ya te has colado!—le dijo.

El chiquillo había pasado el agujero.

—Ahora,—dijo Gavroche,—aguardad. Caballero, tenga usted la bondad de sentarse.

Y saliendo por la rendija como había entrado, se deslizó con la agilidad de un tití por la pata del elefante, cayendo de pie sobre la yerba, cogió al pequeño de cinco años por mitad del cuerpo, y le plantó en medio de la escalera.

Después empezó á subir detrás de él, gritándole al mayor:

—Yo le empujo: cógele tú.